

Respuesta

Llamada a santidad, Iglesia de Dios

Por

Carol Rotz

Profesora de Biblia y teología, la Universidad Nazarena del Noroeste
Nampa, Idaho, EE.UU.

“Santidad hoy a Jehová,” nuestro canto y loor,
“Santidad hoy a Jehová,” mientras vamos a Sion.
Sí, cantad, cantad canción,
“¡Santidad hoy a Jehová” sea por siempre!¹

Hace como quince años un grupo de teólogos del “tercer mundo”, líderes de iglesias y eruditos se reunieron para mobilizar a la iglesia hacia la acción. Se retiraron después de treinta y seis horas y la presentación de muchas ponencias. Trataron con términos tales como “marginación,” “contextualización,” “facultación,” “la opción preferencial por los pobres,” “praxis,” “la hermenéutica de la sospecha,” “anti-fundamentalismo,” “teología del pueblo,” “teología pública,” “teologías locales,” “teología de la orilla,” “teología de los de abajo.” Algunos fueron desafiados a regresar a sus congregaciones y “hacer la diferencia.” Otros desmayaron por la forma como la conferencia se extravió de la teología tradicional hacia los asuntos socio-políticos. Ellos sintieron que la preocupación evangélica de una relación personal con Jesucristo se derrotó. Algunos se sintieron frustrados al hablar de una próxima reunión sin ningún plan real de acción. Su deseo de “hacer teología” de una manera radical se quedó solo como un ideal y como una meta inalcanzable.

Vengo a esta conferencia con un temor de que suceda lo mismo (*deja vu*). Pero esta es diferente. Esta “conversación teológica” es inclusiva en cuanto a la participación, su “alcance teológico y su acción. Elogio y agradezco al comité de planeación por su sensibilidad y visión. Sé que aunque, por lo menos una de las metas no se han alcanzado totalmente. Estoy respondiendo por omisión.

A través de los años yo he experimentado marginalización o peor, paternalismo condescendiente. Sin embargo, aprendí rápidamente durante los años que estuve en África y Milanesia que aunque mi voz era apreciada, sin embargo, era una voz de afuera, imposibilitada² de conversar auténticamente de cómo hacer teología en ese escenario. La posición nacional y el color de mi piel me dieron un estatus privilegiado. Yo era el “opresor” quien trataba de “facultar” a otros, lo cual era entendido algunas veces como condescendencia. Por eso me gustaría que María, Denise, Daphne, Marta, Verónica, Elis, Lilia, Rut y otros estuvieran aquí. Ellos representan las voces de las mujeres de la iglesia

¹ Lelia N. Morris, “Llamado a santidad,” C. E. Morales, trad., *Gracia y Devoción* Kansas City: Lillenas, 1989, ed. Decimasexta.

cuyos puntos de vista llenaría de gracia y desafíos esta conversación. Me gustaría representarlos a ellos, pero no puedo. Mi estatus privilegiado me lo evita.

Mi comprensión del mundo ha sido confrontada y desafiada por el honor de aprender y vivir con ellos y otros; pero tengo que admitir que los paradigmas americanos sutilmente se revelan y me meten a su molde. No es que otras culturas sean necesariamente buenas o que la cultura Americana por herencia sea mala y en contra de Dios. Mientras que alegremente celebramos nuestra diversidad y aprendemos los unos de los otros, debemos evaluar críticamente nuestras perspectivas y presuposiciones. Significa que cualquiera sea nuestra cultura, si la iglesia va a ser en verdad la iglesia, seremos marginalizados. La santidad eclesial mostrará características contra-culturales que nos pone fuera de la corriente principal de los paradigmas humanos. La realidad del Reino de Dios lo demanda. Nuestro deseo es vivir, pero ¿cómo?

¿Qué estaríamos haciendo si realmente estuviéramos haciendo santidad? ¿Rechazaríamos el consumismo y abrazaríamos un estilo de vida sencillo? ¿Afectaría eso nuestra forma de adorar? ¿Nos definiríamos más por nuestras relaciones que como individuos? ¿Someteríamos lo personal, la familia, el clan, la tribu o la lealtad nacional al compañerismo cristiano? ¿Cómo se verían nuestras iglesias? ¿Nuestro liderazgo reflejaría igualdad étnica, socioeconómica y género sexual? ¿De qué manera trataríamos la política? ¿Qué pasaría con los principios de “unidad homogénea.” ¿A qué se parecería la santidad eclesial en una iglesia de los barrios bajos- donde algunas veces no hay esperanza y los recuerdos son demasiado ásperos para recordarse, donde misión significa recibir en vez de dar? ¿Cómo escucharían los que están en el poder las voces de los marginados?

¿Cómo sería la santidad eclesial? Quizá se vería como un grupo de gente imperfecta con conocimiento y sabiduría limitada, gente con faltas, puntos ciegos, y terribles fracasos, gente que está en el proceso de ser transformado a la imagen de Cristo. En otras palabras, ¿es santidad eclesial lo que somos? Al ver alrededor a las iglesias donde he adorado y convivido, yo veo gente que está dolida y gente que lastima. Veo chismes y racismo, hipócritas, y farsantes. En muchos niveles veo estructuras jerárquicas que oprimen y dividen. Pero también veo gente que ama y que da, gente que se preocupa y lo demuestra en formas maravillosas. Veo vidas transformadas buscando vivir la santidad. Así que, dejemos que la iglesia sea la iglesia con todas nuestras imperfecciones e inconsistencias. Humildemente oigamos las voces proféticas. Resueltamente conversemos con los marginados y más allá de sus límites. Aspiremos para que la santidad eclesial se encarne más consistentemente.

Lo cantaremos,
Lo gritaremos,
Lo predicaremos,
Y lo **viviremos**,
Santidad sea por siempre.²

² Haldor Lillenas, “Holiness Forevermore.”